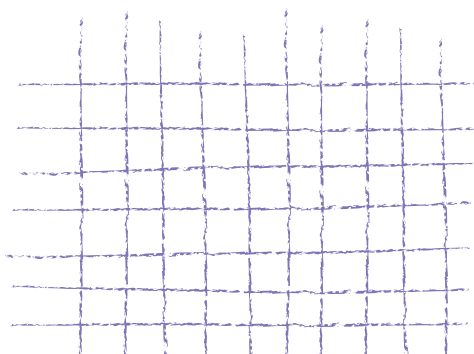
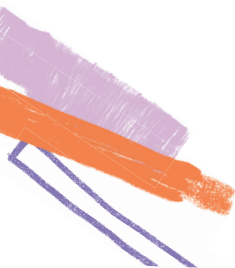
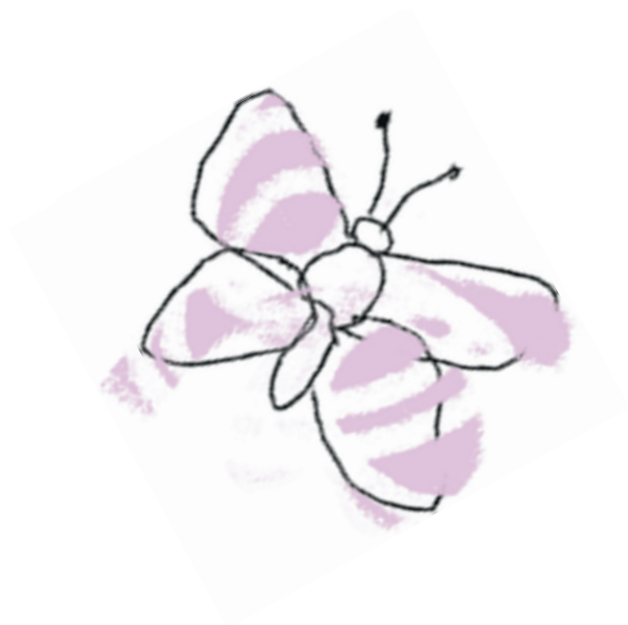
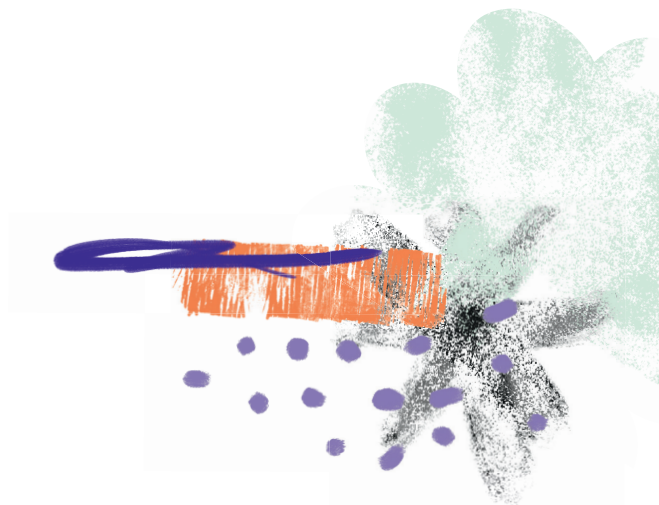






NUEVE CUENTOS INFANTILES

*Rocío Vélez
de Piedrahíta*

Coedición:



Edición:



Vélez de Piedrahita, Rocío, 1926-2019

Nueve cuentos infantiles / Rocío Vélez de Piedrahita. – Medellín : Editorial EAFIT, Fundación Ratón de Biblioteca, Alcaldía de Medellín 2025.

89 p. ; 21 cm. – (Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahita).

ISBN: 978-958-720-960-0

ISBN: 978-958-720-961-7 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-962-4 (versión PDF)

1. Cuentos infantiles colombianos – Siglo XX. 2. Literatura infantil colombiana – Siglo XX. 3. Cuentos de navidad colombianos – Siglo XX. I. Ocampo, Yamili, pról. II. Tít. III. Serie.

C863 cd 23 ed.

V436

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Nueve cuentos infantiles

Primera edición: febrero de 2025

© Herederos Rocío Vélez de Piedrahita

© Fundación Ratón de Biblioteca

© Alcaldía de Medellín (Eventos del libro)

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 Sur - 50. Medellín, Antioquia

www.eafit.edu.co/editorial

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-960-0

ISBN: 978-958-720-961-7 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-962-4 (versión PDF)

Transcripción de textos: Fundación Ratón de Biblioteca

Diagramación: Daniela Tangarife Mejía y Alejandra Gómez Calle

Ilustraciones: Alejandra Gómez Calle

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

ÍNDICE

Presentación	7
La Cucarachita Martínez	17
La flor de lilolá	23
De cómo le crecieron las orejas al conejo.....	31
El portillo de Carmencita	39
La tía Gladys.....	45
Cuentos de Navidad	57
El milagro de Lucho.....	59
El pesebre de Trina.....	67
Marecilla.....	75
Evaristo y la hoja de papel celofán	83

PRESENTACIÓN

QUERIDA LECTORA Y QUERIDO LECTOR

¿Te imaginas un mundo sin cuentos? Sin las historias que nos hacen soñar, viajar a lugares que nunca hemos visto y conocer a personajes que se quedan a vivir en nuestras mentes para siempre. Piensa por un momento: ¿qué sería de nosotros sin las aventuras de *Alicia en el País de las Maravillas* o la magia de *Charlie y la fábrica de chocolate*? Imagina que nunca hubiéramos escuchado las historias de Tom Sawyer, con sus travesuras junto al río Misisipi, o que jamás nos hubiéramos encontrado con *El Principito*, ese pequeño viajero que nos mostró cómo ver el mundo con los ojos del corazón. ¿Podemos concebir un mundo sin princesas como Blancanieves, Rapunzel o la Bella Durmiente?

¿Quieres respuestas a estas preguntas? La escritora colombiana Rocío Vélez de Piedrahita las sabía muy bien, porque para ella los libros eran puertas que se abrían hacia lugares mágicos o terribles que solo podían existir en el acto íntimo de la lectura. Para ella, los buenos libros despiertan el pensamiento y la imaginación, nos ayudan a entender la

justicia, a enfrentar los miedos y lo desconocido con valentía, pero lo más importante, y de aquí esa bella acción filantrópica del acto de leer, nos amplían la conciencia, nos conectan y nos acercan a las alegrías, tragedias y dudas de quienes habitan y deambulan sus páginas, humanos o no. Todo dado a través de ese preciado regalo de la escritora hacia sus lectores: su poética sencillez.

Este es el verdadero valor de su obra, el corazón que nos llevó e inspiró la publicación de este libro compuesto por nueve cuentos infantiles, de los cuales tres son joyas de la tradición oral en la narrativa colombiana y seis son relatos impregnados del mundo íntimo y familiar de la autora, cuatro de ellos ambientados en la cálida magia de la Navidad.

En las tres primeras historias, la autora nos invita a ver el mundo desde las perspectivas más insólitas: una cucaracha elegante, una familia que persigue una flor mágica y un conejo intrépido. Aunque cada relato tiene su propio sello distintivo, todos comparten un humor sutil y una crítica amable a las formas tradicionales de afrontar las adversidades.

¿Cuándo una cucaracha suele pasar desapercibida, sabiendo que por lo general suelen hacernos correr o gritar? Es el caso del cuento “La Cucarachita Martínez”, un personaje con un carisma inigualable, ordenada, elegante y muy trabajadora. La historia nos narra las travesías que pasaron un león, un caballo, un perro y un gato intentando conquistarla, pero ninguno logró ganarse su corazón. ¿Quién podría rechazar a un león melenudo o a un caballo de paso fino? Pues ella, y

con toda la gracia del mundo. Hasta que apareció el Ratoncito Pérez, con su dulzura y ternura, para reafirmarnos que una mujer (o una cucaracha) no necesita de un “príncipe encantado” que no encaje en su vida. Más allá de la bella interpretación del poder de decidir por nosotras mismas y de reírnos de los estereotipos, esta historia nos recuerda que está bien, y cuando sea necesario, decir con humor y picardía un rotundo “¡ni riesgos!”.

“La flor de lilolá” es una adaptación de un relato europeo que en la voz de nuestra autora se desarrolla en escenarios de Colombia. Es un texto que nos invita a pensar que la verdadera riqueza no está en la prisa ni en la lucha desmedida, sino en la familia, en el amor y en el valor de mirar con atención lo que siempre ha estado ahí, al alcance de la mano. La historia parece simple: tres hermanos (Pedro, Diego y Juan) son enviados por su padre en busca de una mágica flor que promete fortuna, tan cercana que casi se puede tocar. Pedro y Diego se lanzan a la aventura llenos de ímpetu, pero uno se pierde en cañones y montañas, mientras que el otro escala árboles y enfrenta bichos y rasguños. Ambos regresan agotados, sin lograr su cometido. Juan, el más reflexivo, decide usar la calma y la observación. Con paciencia, encuentra la flor de lilolá, ¿saben dónde? En el lugar preciso... Sin embargo, lo que parecía un final feliz, marca el inicio de un drama que los sorprenderá.

El tercer cuento está narrado con ingenio y es una mezcla de tradición oral, humor inteligente y dosis justa de sarcasmo.

“De cómo le crecieron las orejas al conejo” nos deja conocer a un curioso e intrépido conejo que busca enfrentarse a sus temores. El cuento nos muestra un paralelismo con las adversidades humanas: esas que a menudo parecen insuperables, pero que con astucia pueden enfrentarse. Esta historia es una invitación a reír, reflexionar y, por qué no, a valorar las “orejas”, esas que Dios le hizo crecer tanto que creyó que se volvería el mayor gigante de la selva.

El cuento “El portillo de Carmencita” nos lleva de la mano de una niña que, al perder su primer diente, comienza el inevitable tránsito de la niñez a la adultez. Con la metáfora del “portillo”, la escritora capta ese momento crucial en el que la inocencia se ve transformada por el peso del mundo adulto. Esta historia, melancólica y juguetona a la vez, permite conocer la sonrisa de Carmencita, que antes era pura y perfecta, para después revelar una grieta que simboliza la entrada a las complicaciones y contradicciones que solo los adultos pueden ver.

Ahora: ¿te ha pasado que te anuncian una visita de manera inesperada y todo cambia como por arte de magia? Eso es exactamente lo que ocurre en la historia “La tía Gladys”.

A Natalia y a Anderson les anuncian la llegada de una tía que no conocen y lo primero que sienten es un miedo aterrador. Los niños imaginan a una tía aburrida, regañona y, digámoslo, algo fastidiosa. Pero sucede todo lo contrario: llega una mujer que transforma cada momento en una pequeña aventura. Les enseña a evitar minas quiebrapatas (¡como una

verdadera exploradora!), les da regalos que sacan pequeñas sonrisas y, lo mejor, les muestra que la vida está llena de cosas hermosas como las montañas, las nubes en el cielo y hasta las telarañas. Lo más importante es que les enseña qué significa la paz: alguien que te hace sentir especial con un abrazo o con un peinado nuevo.

Todas estas son historias llenas de enseñanzas, porque además de amor por narrar, Rocío Vélez de Piedrahíta también tenía una pasión especial por enseñar. Producto de ella fueron los excelentes textos guía que educaron a los jóvenes del país durante décadas, sus aportes al buen uso del lenguaje publicados en infinidad de libros y periódicos, y sobre todo su obra de literatura infantil, en la que con profundidad y riqueza le dio a conocer a niños y niñas leyendas y costumbres que guardan la esencia de quiénes somos como pueblo. De ahí que siempre solía recordarnos que “idioma, patria y religión son valores que deben cimentarse con firmeza”. Leer cuentos colombianos, decía, es como viajar por cada rincón del país, descubriendo en sus historias un reflejo de nuestra identidad y cultura.

En la segunda parte de este libro, la escritora hace que las palabras fluyan. Con su habilidad única para mezclar humor y profundidad emocional, nos ofrece una serie de relatos navideños que exploran los pequeños milagros y las grandes transformaciones del alma humana. A través de los ojos de niños que viven la magia de la Navidad con la intensidad que solo ellos poseen, la autora teje una rica variedad de cuentos que,

aunque sencillos en apariencia, profundizan en los matices de lo cotidiano con una mirada llena de ternura y comprensión.

Estos cuatro cuentos tienen algo muy especial; cada uno posee una pequeña historia secreta. Rocío Vélez no solo los escribió, sino que también se dedicó a guardar recuerdos y detalles especiales sobre cómo nacieron. ¡Es como si cada cuento tuviera un pequeño baúl escondido lleno de curiosidades! Por ejemplo, “El Milagro de Lucho” fue publicado por primera vez en un periódico muy importante. En “El pesebre de Trina”, la muñeca que se describe, existió: ¡era tan bonita y especial que Rocío no pudo resistirse a incluirla en su narración! Y el cuento “Evaristo y la hoja de papel celofán” es una historia que fue inspirada en la vida real.

“El milagro de Lucho” nos introduce a un hombre que, firme en su escepticismo, cree que todo tiene una explicación científica, incluso los milagros. El día de Nochebuena, con el deseo de enseñar generosidad a su hija Merceditas, Lucho decide repartir regalos a niños pobres, sin darse cuenta de que entre los paquetes destinados a ellos va una preciosa muñeca que originalmente era para Merce. Pero la niña, con la magia de su inocencia, le demuestra que los milagros no necesitan explicación, sino aceptación. Aquí, Rocío Vélez de Piedrahita dibuja un cuadro delicadamente irónico de las contradicciones humanas, donde la lógica y el escepticismo del padre se ven desbordados por el desinterés y la pureza de una niña que, sin saberlo, consigue lo que parecía imposible.

En “El pesebre de Trina”, la autora transforma una tradición aparentemente rígida en un espacio de rebeldía juvenil y creatividad sin límites. Trina, atrapada entre la niñez y la adultez, decide que un pesebre no tiene por qué ser un conjunto de figuras estáticas y solemnes; debe ser una fiesta llena de vida, como ella misma. Este cuento es un canto a la irreverencia de la juventud, que se niega a conformarse con lo establecido y, en su lugar, les da un giro a las tradiciones, recobrando la alegría y el juego que, en ocasiones, los adultos olvidan.

Algo similar ocurre en “Marecilla”. Este es un retrato encantador donde sobresale la curiosidad y la determinación implacable de una niña que no solo desafía la autoridad de los adultos, sino que lo hace con una lógica que los deja sin palabras. Mientras la familia se enreda en las complicaciones de un pesebre que debe ser armado de una manera “seria”, Marecilla no solo se escapa de los gritos, sino que, con su inocencia, acaba cuidando al Niño Jesús como si fuera el bien máspreciado.

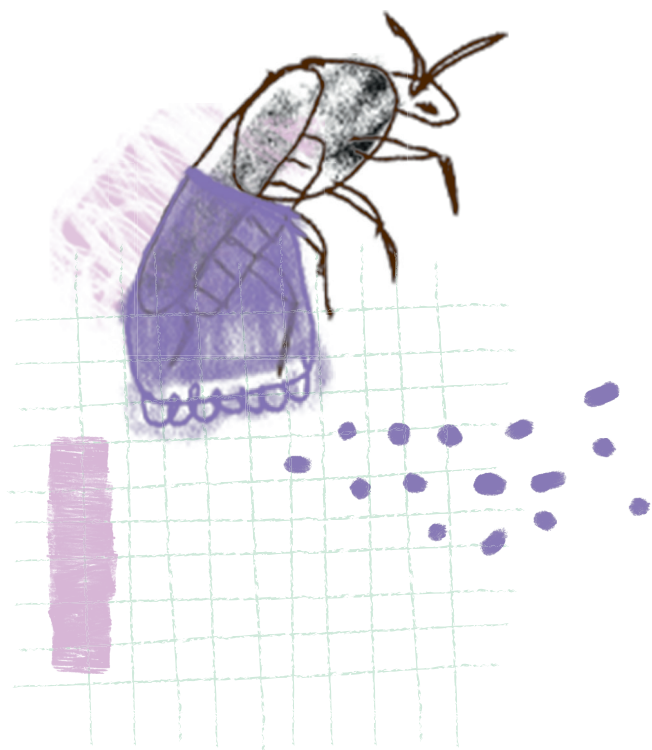
Finalmente, celebrar lo pequeño es lo que podemos resaltar del cuento “Evaristo y la hoja de papel celofán”. Él y su hermana encuentran un propósito profundo en una simple hoja de celofán. La historia nos invita a valorar lo que solemos despreciar, a mirar con ojos más frescos, capaces de dar vida y significado a los objetos más banales. La hoja de celofán, transformada en un símbolo, se convierte en el vehículo de una historia profunda sobre la importancia de lo simple y lo sublime.

Rocío Vélez de Piedrahita nos plantea que los libros no solo cuentan historias, sino que los cuentos están llenos de palabras importantes que nos hacen mejores personas y nos permiten entender el mundo en sus complejas dimensiones. En su libro *Guía de literatura infantil*, nos recuerda que cada historia que leemos nos ayuda a crecer y a ver más allá de lo que está frente a nosotros. “Un cuento bien contado es como una semilla que crece en la imaginación de un niño, llenándolo de curiosidad y asombro”, decía. Luego nos lanza esta brizna poética: “A lo largo de los años, he revisado estas historias con cariño. Algunas cambiaron un poco, otras permanecen casi iguales, pero todas guardan un pedacito de mí y de las cosas que observé, viví y amé. Espero que encuentren en estos cuentos la misma alegría que yo sentí al escribirlos”.

Este libro es resultado del esfuerzo conjunto de la Editorial EAFIT, la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín (Eventos del Libro de Medellín) y la Fundación Ratón de Biblioteca, como homenaje a la escritora, a su herencia cultural y al encanto de sus historias bien contadas. Reúne textos que solo son un testimonio de la gigante imaginación de Rocío Vélez de Piedrahita y de su valiosa conexión con las historias que han formado parte del tejido cultural de Colombia. Son un legado literario, un guiño para que nunca perdamos las ganas de contar historias y reunirnos, por medio de anécdotas, con los seres más queridos. Al leerlos o escucharlos, ustedes niños y niñas se convierten en los guardianes de nuestras historias y en los futuros narradores de

sus vivencias, narradores de su propio tiempo. Rocío cuidó y pulió sus historias, ilo que nos demuestra cuánto le importamos nosotros sus lectores!

Yamili Ocampo
Directora de proyectos-Fundación Ratón de Biblioteca



LA CUCARACHITA MARTÍNEZ

Colombia es un país riquísimo en insectos. Los hay de todas clases; unos hacen ruido como los grillos y las cigarras, otros chupan como las moscas, pican como las pulgas y los piojos, ruñen como los pulgones; a las mariposas les gusta que las vean, las hormigas se meten entre la tierra; las libélulas viven en los pantanos y las mariquitas en los jardines. Las cucarachas salen de noche, viven en las casas y los almacenes de la gente, y corren muchísimo.

Una vez había una cucarachita diferente que salía de día, tenía su propia casa y caminaba despacio. Se llamaba Cucarachita Martínez. Vivía en un pueblito, tenía muchos amigos y era muy limpia. Todo en su casa estaba ordenado y bien barrido. Por las mañanas, después de bañarse, desayunar y ordenar la casa, se ponía a barrer la calle.

Un día, al barrer la acera, se encontró una monedita de plata. Muy contenta se fue de compras. Compró una blusa blanca y una falda de colores; zapatos de charol y medias rojas; un delantalcito con encajes y boleros, un adorno para

la cabeza y unas pulseritas para sus seis patas y muy feliz regresó a casa. Se puso todo lo que había comprado y, muy limpia y arreglada, se instaló en la acera en un taburete de vaqueta, a ver pasar gente.

Desde lejos vio venir a un león. Llenaba la calle con su gran cabeza melenuda y su vaivén pausado, mirando a todos los lados y gruñendo. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y muy meloso le dijo:

—Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró de arriba a abajo, de un lado a otro, observó la melena, el color dorado de la piel, los ojos chiquitos, los colmillos grandes.

—¡Ni riesgos! —dijo—. Usted será muy hermoso y muy fuerte, pero ruge. Y yo no me meto con los que rugen.

El león se fue triste.

Desde lejos vio venir a un caballo. Adornaba la calle con su brioso paso fino, levantando las dos manos con elegancia, con ritmo acelerado, con aire de ejecutivo joven, elegante la crin al viento, primorosa la flexible, larga cola. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y muy garboso le dijo:

—Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró de arriba a abajo, pasó bajo su barriga, observó la crin rizada, los elegantes jaeces, las narices palpitantes, los dientes grandes.

—¡Ni riesgos! —dijo—. Usted será muy brioso y de exquisito pedigree, pero patea. Y yo no me meto con los que patean.

El caballo de fino paso colombiano se fue triste.

Desde lejos vio venir a un perro. Alborotaba la calle con sus ladridos juguetones y la rapidez de sus giros, oliendo a las gentes, asomándose por las puertas, retozando con los niños. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y muy resuelto le dijo:

—Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró por todos los lados, pasó por debajo de su barriga, observó la alegría de su cola, la elegancia de su porte, las orejas paradas, los ojos a medio cerrar, la boca a medio abrir.

—¡Ni riesgos! —dijo—. Usted es muy valiente y muy fiel, pero muerde. Y yo no me meto con los que muerden.

El perro se fue triste.

Desde lejos vio venir a un gato. Chapuceaba por la calle, saltando de la acera a los bordes de las ventanas, por sobre las carretillas y las canecas de basura, adelantando dos pasos y devolviéndose uno, la pelambre como terciopelo, los bigotes como antenas flexibles, las patas abollonadas, la boca diminuta. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y marrullero le dijo:

—Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

La Cucarachita Martínez lo miró de arriba abajo, por todos los lados. Observó la tersura de la piel, el color amarillo de los ojos con inmensas pupilas dilatadas, la flexibilidad pronta, las patas juguetonas, las orejas diminutas.

—¡Ni riesgos! —dijo—. Usted será muy suave y muy flexible, y ve de noche y camina sin ruido, pero araña. Y yo no me meto con los que arañan.

El gato se fue triste.

La Cucarachita Martínez no vio venir al ratón, porque gris color del cemento de la acera, y pegado a la pared, veloz y gelatinoso, no se notaba sino cuando ya se había ido.

Pero el ratón sí la vio y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y suavemente, querendón le dijo:

—Me llamo Ratoncito Pérez; nunca había visto una cucaracha tan bonita y elegante. ¿Me quiere hacer el favor de casarse conmigo?

La Cucarachita Martínez lo miró por encima —por debajo no podía porque tenía la barriga pegada al piso— y por los lados. Observó los ojos picaritos, el color plateado de la piel, los bigotes trémulos, el hocico largo y las orejas cortas.

—¡Por supuesto Ratoncito! —contestó la Cucarachita.

Y muy felices se fueron de luna de miel.

Pasados unos días dijo Cucarachita Martínez:

—Ratoncito Pérez: se acabó la comida y tengo que ir a mercar en las cocinas de las casas del pueblo. Tú me esperas aquí sin ir a hacerme un daño. Y no vayas a entrar a la cocina, que es peligroso.

Se fue con su falda nueva, la blusa blanca y las pulseritas en cada pata. Consiguió todo lo necesario para comer varios días y regresó tan cargada que no podía abrir la puerta.

Tocó primero con una pata, luego con dos, luego con tres; finalmente con todas. Nada.

Entonces empezó a llamar al Ratoncito Pérez: silencio. Ya intrigada descargó el mercado en el suelo, abrió la puerta y entró. Puso el mercado sobre la mesa y empezó a buscar al Ratoncito Pérez: no estaba detrás del televisor, no estaba debajo de la cama, ni debajo de las sillas, ni en el baño. Ni dormido ni despierto, por ninguna parte, y la Cucarachita Martínez empezó a preocuparse. “No puede haber entrado a la cocina, porque le advertí que no lo hiciera... pero no me queda más dónde buscar”.

Entró la Cucarachita a la cocina y miró en derredor; no había la menor señal del Ratoncito Pérez. Entonces observó que la tapa de la olla estaba torcida. Se acercó a la estufa, se subió por el borde la olla y... ¡Pobrecita lo que vio!

El Ratoncito Pérez, desobedeciendo sus instrucciones, se había asomado a ver qué había entre la olla que estaba llena de agua hirviendo.

No vio nada, se asomó más, tendió el hocico hacia adelante, más y más, hasta ver el fondo y... ¡Zas!, se cayó y se quemó. Y se murió.

Pasaron muchos días y el gallo de la casa vecina seguía cantando: “Ratoncito Pérez se ahogó en la olla; Cucarachita Martínez lo siente y lo llora”.

